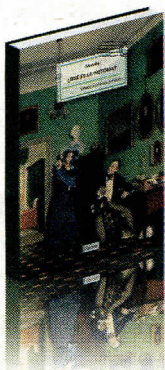


AZORÍN Y EL HORMIGUERO DE LA HISTORIA



**¿QUÉ ES LA HISTORIA?
REFLEXIONES SOBRE
EL OFICIO DE HISTORIADOR**

AZORÍN

Francisco Fuster García (ed.)

Fórcola. Madrid, 2012

240 páginas, 17,50 euros

★★★★★

El pasado no es lo que fue, sino lo que ha sido y el fundamento de aquello que será. Por eso, el que no sabe Historia gobierna peor su existencia. Puede que sea más feliz, pero también que no se entere de nada. Semejante constatación, de origen clásico, remite a una visión de las Humanidades que contempla la Historia como saber vinculado al arte, la vida, las personas y las palabras. Todo lo que cuenta.

Los determinismos decimonónicos arrasaron estos planteamientos e hicieron de la Historia una disciplina «científica», buscadora de supuestas leyes del comportamiento, expresadas según las narrativas de la objetividad. El trabajo del historiador quedó así separado del «arte de contar historias», mientras los novelistas se frotaban las manos de contenidos, porque temas y públicos quedaron entregados a sus ocurrencias. Este proceso degenerativo encuentra su última expresión en la pésima «novela histórica» actual, con alguna honrosa excepción.

Ir más allá

En el campo literario los historiadores tuvieron siempre amigos, valedores y maestros, a los que por regla general ignoraron. Uno de ellos fue Azorín y por ello la recuperación de este pequeño manual de historiografía constituye una excelente noticia.

La labor de la Generación del 98 puede y debe ser interpretada como reinserción patriótica de los españoles de carne y hueso al paisaje ibérico, del cual habían sido expulsados por las supercherías del Romanticismo. No existe geografía sin Historia y viceversa, cuenta cada uno a su manera; pero Azorín va más allá.

En este conjunto de 31 textos, tan bien investigados y ordenados por Francisco Fuster,

aborda la utilidad de la Historia, su difusión, filosofía, fuentes y métodos. Aquello que la separa de la literatura, tan discutido en las últimas décadas. A los partidarios de que todo es lo mismo, parece dedicarles un texto memorable, «Lo que no es Historia», de 1952, publicado en ABC, como tantos otros. Memorable porque se adelanta a la confusión actual de Historia y memoria. Apunta a la depuración de aquello que es historiable de lo que no lo es: sucesos y ocurrencias.

Criaturas anónimas

La vinculación con la intrahistoria resulta evidente, como señaló Ortega: «Azorín ve no grandes hazañas ni grandes hombres, sino un hormiguero solícito de criaturas anónimas que tejen incesantemente la textura de la vida social». El historiador resulta en este contexto azoriniano un escritor que confiere sentido, separa el humo de la paja con la verdad de los archivos por delante y utiliza un método que reduce –de nuevo Ortega– «lo grande, lo monumental, a un breve ornamento». Ambos utilizan el perspectivismo, ese punto de vista múltiple que confiere al historiador la feliz posición de quien escribe y cuenta una verdad, que es la suya. ¿Podría ser otra?

Para Azorín, lo que explica la Historia es el tiempo lento, «largas duraciones» que lo vinculan con Braudel y la escuela de los Annales. Otro precioso texto, «La vida de un historiador», cuenta el caso del francés Agustín Thierry. Ciego y parálítico, «se hacía leer y releer los documentos, establecía las relaciones entre unos y otros, dictaba en un estilo que él había trabajado y limado en su cerebro, en que él había puesto su sello personal». Todo, al fin, demasiado humano.

MANUEL LUCENA GIRALDO